

V I D A

(poema)

EL alma está buscando sus caminos.
¿Será esa nube blanca, esa azucena
o ese cielo dormido junto al río?
Corazón despejado como un viento,
dando vueltas delante de su historia.
Esta humana pasión, esta agonía,
este perpetuo florecer de siempre,
¿estará pregonando las distancias
o es acaso, quizá, su triunfo alegre?
Oh plenitud dorada y conseguida,
soñada como un llanto por las noches
y abierta, a la mañana, sin contornos.
¿Quién recoge mis manos, quién me mira
cuando acaricio las estrellas?

Ahora

medito las razones conocidas;
yo camino sin ansias por el mundo
limitando los últimos anhelos
en mi ser, suavemente conseguido.
Que te bese los ojos, que me aplique
archivando poemas luminosos,
es lo mismo, Dios mío. Tú me bastas.
No como un cauce exhausto en contemplarse,
no, quieto, como un cielo enclavijado,
sino sangre latente y pensamiento
golpeando las sienes armoniosas.
Sé que mi alma, oh Dios, es tu morada;
que puede moldearla a mi capricho
y hacerme un tribunal de primaveras.
Que el mundo en que vivimos, tan hermoso,
tan quemado y azul junto a los bordes,
no se explica rodando sólamente.
Que este dolor que nos ayunta, el aire
de sombras que rodea nuestra frente,
lo permiten tus manos pensativas.

Hace tiempo que vivo indiferente.
Si contemplo mi historia... cuando, abriendo
los pétalos antiguos, me recreo
repasando las viejas asechanzas,
explico claramente tus designios.
Apenas necesito recogerme
en la niñez, dormida como un astro,
viene la adolescencia improvisada.
Y bien. Todo pasó como un arroyo:
las manos que jugaban con las cintas,
se doblan sin cansancio por la tarde.
El noble pensamiento, los anhelos
que despiertan mi alma, me conceden
la más alta honradez de mis trabajos.

En medio de los hombres, soy un hombre.
No lo mismo que aquel, que el otro enfermo,
sino yo, con mi ángel centinela.
Conozco por qué pienso; por qué el ansia
no cabe dentro de su frente horrible
ni el hombre sobre el plano establecido.
Fundamento verdades conseguidas
a fuerza de oración, junto a tus ojos.
Hago las cosas libre como un sueño
seguro de su amante en los umbrales.
¿Qué me importa la dicha si la tengo,
qué los trabajos del obrero absorbo,
si todo se revela como un plano
tendido a tus palabras cariñosas?
El ave y los cabellos conocidos,
el lirio, el árbol de la sed, el agua,
todo me resplandece tu gobierno.
El mundo se recoge en esta isla:
la eternidad, me espera en esta hora.
Todo está tan dispuesto; tan exacto
me confirmas los sueños, me los dejas,
que yo apenas te cedo mis pupilas.
Y esta vena, Señor, por qué Tú pasas,
esta tierra final que es mi camino,
no los tuviera lejos de tu frente.
Tú me dictas, Señor, y yo replico
confirmando tu regla con mis manos
que yerran siete veces cada día.
Pero todo un amor que nos prometes,
que nos sacias también sobre este mundo,
me bastan para andar sin amargura.
Tú dame el mar, el mar y las estrellas,
y yo pondré la luz junto a tus labios.
Llámame sin pasión, no me reduzcas
al hombre que conoce lo imposible,
y yo, dentro del límite marcado,
trascenderé el color de las estrellas:
y te hallaré, dormido para siempre,
la noche más hermosa de mi vida.

Diciembre, 1940

